

la comunión de los católicos, antes hermanos suyos. Ha tendido acechanzas en las que él mismo ha quedado preso, y la impedido a otros el que viniesen a este convite. Ha puesto a muchos tropiezos en el camino; por eso yo le arrojo de mi cena para entregarle a la vergüenza y oprobio sempiternos." Mientras Murita pronunciaba estas y otras palabras, guardando profundo silencio, Elpidóforo se abrasaba en el fuego de su conciencia, preludio de las llamas eternas.

10) Los clérigos son expulsados y desterrados.

Preparados primero todos para recibir los azotes, los confesores de la fe marcharon alegres al destierro. No habían llegado aún a su destino, cuando, a instancias de los obispos arrianos, se envió contra ellos a hombres airados y sin entrañas, comisionados para arrebatarles sin compasión todos los alimentos y vestidos de que les había provisto la caridad cristiana. Así pudo cada cual entonar en alabanza del Señor: "Nací desnudo del vientre de mi madre, y desnudo voy al lugar del destierro, porque ya sabrá mi Dios cómo saciar mi hambre y cómo vestir mi desnudez".

Dos vándalos, que en varias ocasiones habían confesado la fe en tiempo de Genserico, abandonaron todos sus bienes y en compañía de sus mismas madres se juntaron al grupo de los clérigos que marchaban al destierro. Sin embargo, por insinuación de un tal Teucris, antiguo lector que apostató de la fe, el tirano mandó que separasen del cortejo de los desterrados de Cartago, a doce niños que el mismo Teucris había catequizado antes de su defección, y que sabía él eran buenos y bien amaestrados cantores. Sin pérdida de tiempo salió una posta. A viva fuerza hacían volver a doce muchachos. Los separaron, es cierto, del grupo de los demás, pero en espíritu permanecieron ellos muy unidos a la falange de los santos. Temiendo el precipicio, que se habría ante sus ojos, los pobres niños rompieron a llorar y se asieron de las rodillas de sus compañeros para que no les separasen; la espada de aquellos bárbaros venció su resistencia y contra su voluntad los trajeron a Cartago.

Emplearon con ellos las caricias, como convenía a su edad; pero en la prueba demostraron ser muy superiores a sus años, y para no dormirse en la muerte (del pecado) encendieron sus lámparas con la luz del Evangelio.

Indignáronse los arrianos, que no podían, sin avergonzarse, verse vencidos por unos sencillos muchachos. Coléricos les hicieron azotar, como días antes lo habían ejecutado ya. Nuevas heridas vinieron a añadirse a las primeras, y el suplicio renovado se recrudeció. Pero, por una ayuda especial de Dios, su tierna edad no flaqueó en el tormento, sus almas, cada vez más firmes en la fe, se robustecían sin cesar. Hoy les venera Cartago con todo afecto y les considera como a sus doce apóstoles. Viven bajo un solo techo y se sientan a la misma cena; cantan el unísono sus voces y juntos se alegran en el Señor.

En aquellos días, dos comerciantes de la misma ciudad de Cartago, llamados ambos Frumencio, sufrieron glorioso martirio. Igualmente, otros siete hermanos, no según la carne, sino por la gracia, las cuales vivían en un monasterio, alcanzaron la corona inmarcesible con el precio de una confesión valiente de la fe. Sus nombres eran el abad Liberato, el diácono Bonifacio, los subdiáconos Servo y Rústico y los monjes Rogato, Septimio y Máximo⁵⁴.

11) La saña de Antonio, obispo arriano, contra San Eugenio.

En aquellos tiempos de persecución extremaron más su crueldad que el Rey y los vándalos, los mismos obispos, sacerdotes y clérigos de la secta: espada al cinto, ellos y sus clérigos iban por todas partes en busca de los católicos. Distinguióse entre todos por sus crueldades un obispo llamado Antonio, que tales atrocidades cometió contra nosotros que no se pueden ni decir. Habitaba en una ciudad limítrofe al desierto de Tripolitania, y como bestia insaciable de sangre de católicos, iba de unas partes a otras en busca de presa. El rey Hunerico oyó hablar de la ferocidad de este prelado y relegó a San Eugenio a aquel apartado desierto⁵⁵. Antonio se constituyó en carcelero suyo, y tan severa fue la reclusión que le impuso que nadie podía entrar hasta él. Asimismo escogió, para matarle, toda clase de suplicios. El santo obispo, afligido por la pena de nuestra persecución e incomodidades que padecíamos, mortificaba su cuerpo, envejecido ya, con la aspereza del cilicio y dormía sobre la tierra en un saco que él regaba con sus lágrimas; entonces sintió los primeros amagos de la parálisis.

Cuando se lo anunciaron al arriano, llenóse de gozo y fuese escapado al lugar donde moraba el santo varón de Dios, y al verle presa del dolor y que el santo obispo pronunciaba palabras incoherentes, concibió la idea de acabar con él, pues no quería que viviese más

tiempo. Mandó que le llevasen vinagre muy fuerte, lo más que hallasen. Se le presentaron al momento. El mismo lo echaba en la boca del venerable anciano, quien lo provocaba con muchas ansias. Si el Señor de todos había rehusado beber la vinagre que le presentaron, con haber venido a apurar el cáliz de los dolores, ¿cómo este su fiel servidor y confesor de la fe no iba a rechazar esta bebida, si el hereje, furioso, no le hubiera obligado a tragarla? Este vinagre, nociva sobre todo a una febricitante, no hizo sino agravarle. algo después Jesucristo, en su misericordia, vino en socorro de su siervo y le devolvió la salud ⁵⁶.

12) *Contra el obispo San Habetdeo.*

Habetdeo, otro de nuestros obispos, fue relegado también a la torre de Tamaluma, donde estaba Antonio. Los hechos demuestran lo que inventó su perfidia para hacerle abrazar el arrianismo. No pudiendo persuadirle a abjurar, atormentándole de muy diversos modos y viéndole siempre constante e inquebrantable en la fe, prometió a los suyos salir con la empresa, diciéndoles: “Si no logro hacerle entrar en nuestra religión, es que dejo de ser Antonio.” Mas viéndose impotente para conseguirlo, e inspirado por el enemigo malo, inventó una estratagema. Atóle al obispo de pies y manos fuertemente, clausurándole además la boca para que no pudiese hablar ni gritar y roció todo su cuerpo de agua, pensando así administrarle el bautismo de la secta. ¡Cómo si hubiera sido capaz de atar la conciencia lo mismo que el cuerpo del santo obispo y no hubiese estado presente *el que oye los gemidos de los cautivos y penetra los secretos del corazón!* ¡Cómo si aquel bautismo falaz pudiese triunfar de una determinación bien premeditada, que el hombre de Dios había hecho llegar a los cielos por medio de sus lágrimas!

El hereje hizo soltar las ligaduras, y con aire de vencedor y muy satisfecho, exclamó: “Mira, hermano Habetdeo, ya eres cristiano de los nuestros, ¿qué te resta sino que te sometas a los deseos del Rey?” A lo cual repuso el santo obispo: “Miserable Antonio, se incurre en la muerte (en el pecado) cuando la voluntad consiente. Yo estoy firme en la fe, confesando repetidas veces bien alto que creo, he creído y, proclamando a grandes voces, he defendido la fe. Pero después que tú me sujetaste con cadenas y después que me tapaste la boca, protesté

en el interior de mi corazón con todas mis fuerzas y dictándome los ángeles escribí las actas de mi martirio que por ministerio de los mismos espíritus bienaventurados he hecho llegar a mi Soberano”.

13) *Violencias de los arrianos.*

Entonces la persecución era general. Por todas partes los arrianos apostaron a los soldados vándalos para apoderarse de todos los transeúntes y llevarlos a presencia de los sacerdotes de la secta, con el fin de que ellos les quitasen la vida. Si lograban rebautizarlos y así arrebatárles la vida de la gracia, entonces les daban un escrito o vale en el que hacían constar su defección, para que no se les hiciese sufrir más violencias ni extorsiones; pues nadie, ni comerciantes, ni personas particulares podían transitar si no mostraban el documento escrito en que constase su muerte a la fe, en las que hubiesen incurrido los desgraciados como se lo manifestó el Señor en espíritu al apóstol San Juan: “Nadie podrá comprar ni vender, quienquiera que sea, sino lléva consigo la consigna de la bestia impresa en su frente o en su mano” (*Aposc.* XIII, 16, 17).

Durante la noche, acompañados de gentes de armas, recorrían los obispos y sacerdotes arrianos las entradas y salidas de los pueblos, ciudades y castillo y forzaban las puertas, entraban en las casas, disfrazados como ladrones y llevando el agua que le servía para rebautizar, o sea robar y matar las almas. A cuantos hallaban en las casas, a los que dormían en sus lechos, a todos les rociaban con el agua del infierno y a grandes voces, como endemoniados, les llamaban sus hermanos en la fe, demostrando con todo eco que su secta o herejía era más una comedia que una religión.

Los más simples e ignorantes creían haberse contaminado con aquel bautismo sacrílego e impuro; los más avisados y bien impuestos en la doctrina católica, se alegraban, pensando que las violencias cometidas contra ellos, sin consentirlas y durante el sueño, no podían tener consecuencia alguna. Viose a muchos cubrirse la cabeza de ceniza y vestir el cilicio en señal de expiación; otros se untaban con un barro fétido y destrozaban los vestidos de catecúmenos que les habían impuesto a la fuerza y llenos de una fe viva, iban a arrojarlos a los albañales y muladares.

14) *Acto heroico admirable de una mujer.*

Yo mismo vi aquí en Cartago a un niño de buena familia, como de unos siete años, a quien arrancaron a sus padres por orden de Cirilas; olvidada su madre del decoro propio de las matronas, despeinada, corría a través de la ciudad en pos de los raptos de su hijo, mientras el niño gritaba con todas sus fuerzas: "Soy cristiano, soy cristiano, soy cristiano por San Esteban"⁵⁷. Pero al que confesaba tres veces consecutivas a la Trinidad, los herejes, tapándole la boca, le sumergieron en su piscina sacrílega.

Cosa semejante cuentan haber ejecutado con los hijos de un venerable médico por nombre Liberato⁵⁸. En efecto, por orden del impío soberano se le condenó a sufrir la pena del destierro juntamente con su esposa e hijos; pero la maldad de los herejes discurrió separar a los niños de sus padres, para vencer a los padres por el amor a sus hijos. Alejaron, pues, a aquellas sus tiernas prendas de sus progenitores. Liberato empezaba a derramar amargas lágrimas, pero su esposa le impuso silencio y se le secaron hasta en su misma frente: "Liberato, ¿vas a perder el alma por causa de tus hijos? Hazle cuenta que no te han nacido, pues te los ha de reclamar Jesucristo. ¿No ves cómo que dicen a voces: Somos cristianos?"

Mas no puedo callar lo que esa intrépida mujer hizo ante la presencia de los jueces. Habiendo encarcelado a ambos, marido y mujer, aunque en lugar separado, para que no se vieses, enviaron a decir a la esposa: "No resistas más; pues, mira, tu marido ya se ha dado y obedecido a los deseos del Rey y es de nuestra religión." "Bueno, repuso la mujer, llevadme a su presencia, que también yo quiero cumplir los de Dios." Sacáronla de su calabozo y halló a su esposo de pie, delante de un gran concurso de gentes, reunidas junto al tribunal, y pensado ella que era cierto lo que sus enemigos habían fingido, agarrándole por el cuello del vestido, a vista de todos, le apretaba dando voces: "Perdido, condenado, hombre indigno de la gracia y misericordia divinas, ¿cómo has preferido comprar una gloria bien caduca y despreciable con el precio de una muerte eterna? ¿De qué te servirán el oro y la plata? ¿Te podrán librar de las llamas del infierno?" Estas y otras cosas le dijo, a todo lo cual respondió el marido: "¿Qué te pasa, mujer? ¿Qué visiones tienes? ¿Qué es lo que te han dicho de mí? Soy católico, en el nombre de Cristo, y permanezco tal y

jamás dejaré de serlo”⁵⁹. Así quedaron corridos los herejes en sus mentiras, y descubiertos sus embustes, trataron en vano de disimular su mala fe.

15) Los mártires fallecen de inanición en los destierros.

Bajo la impresión del terror que les inspiraban las crueles violencias que antes he referido, gran número de personas, así hombres como mujeres, se ocultaron en las cuevas y en los desiertos más apartados, sin que nadie supiese su paradero; allí, faltos de alimentos, vencidos por el hambre y la sed, morían víctimas de sus sufrimientos y privaciones; pero, cuando menos, en aquellos parajes vivían pacíficamente sin que estuviese expuesta a mil peligros su fe. Entre otros se halló el cadáver, ya putrefacto, de Cresconio, un sacerdote de Mizenta, que falleció de necesidad en la cueva de Zica⁶⁰.

Y ya que he mencionado al obispo Habetdeo, diré que fue a Cartago en busca del rey impío para demostrarle que siempre creyó el misterio de la Santísima Trinidad y para predicarle a los hombres. Antonio no se atrevió a impedírselo por vergüenza de su derrota. Habetdeo presentó al monarca un escrito que contenía en síntesis esto: “¿Por qué causa el soberano continuaba maltratando a los proscritos? ¿Por qué usaba tanta crueldad contra ellos y por qué no cesaba de perseguirlos? Nos ha arrebatado su Majestad nuestros bienes, ha confiscado nuestras iglesias, palacios, y casas, no le queda sino apoderarse de nuestra alma y se la quisiera apropiar. ¡Oh tiempos y costumbres perversas! Todo el mundo reconoce lo malo que son, incluso el mismo perseguido. Si el rey cree que merece el nombre de fe (religión) la que observa, ¿cómo es que atormenta con tanta saña a los seguidores de la verdadera fe? ¿Qué provecho saca con desterrarlos? ¿Qué objeto persigue con hacer sufrir a pobres gentes que están en la miseria y que sólo viven para Cristo? Permita siquiera a estos secuestrados de todo comercio y consorcio el mundo que disfruten en paz de la compañía de las bestias salvajes.”

Cuando el tirano se enteró de estos y otros reproches que le hacía el obispo, parece ser que le envió a decir el Rey por un emisario suyo: “Que venga a entrevistarse con nuestros prelados y haga lo que ellos digan, pues son los encargados de poner orden en estos negocios”. Esta evasiva del monarca no satisfizo a Antonio, pero no le volvió al

buen camino, sabiendo que agradaría más a Hunerico si continuaba persiguiendo a los cristianos. El santo obispo Habetdeo prefirió volverse a su destierro, contento de haber cumplido con lo que le dictaba sus conciencia.

16) *Hambre aterradora.*

En aquella sazón una hambre aterradora vino a agravar estos males, despoblando toda el Africa. Un cielo plomizo no derramaba una gota de agua. Pero la sequía no era casual, sino justo castigo de Dios: allí donde los arrianos habían hecho correr ríos de agua mezclada de fuego y de azufre, se negaba a correr la fuente de la misericordia divina, que tan abundante había sido antes.

La faz de la tierra tomó un color lívido. En el verano las vides no echaban pámpanos, no verdeaban los sembrados; los olivos, siempre con verdes y con hoja perenne, no se cubrían con el ropaje de su hermosura; los frutales, que más tarde dan sazonados frutos. La tristeza reinaba por doquier y por todas partes se extendía en el Africa la peste. El suelo no producía las semillas y la hierba para los hombres y animales. Los ríos que corrían antes precipitados y rumorosos, estaban enteramente secos y secas también las fuentes y manantiales, en otros tiempos venas de agua siempre perennes. Las ovejas y el gando mayor, los rebaños de los campos, las bestias salvajes, por falta de alimento casi no se dejaban ver o habían desaparecido por completo. Si un corro de césped, escondido en un valle, con un poco de humedad, reverdecía o empezaba a tomar un color pálido mortecino más que retoño de hierba nueva, venía de repente una bocanada de aire caliente y le secaba y consumía; pues nubes de polvo que el viento arrastraba en aquel cielo sin agua, caían sobre toda la tierra, abrasándolo todo.

Entonces se paralizó todo el comercio, no se uncían los bueyes para romper con el arado la tierra, porque ni había ya bueyes, ni se celebraban los mercados. Además habían muerto los labradores en número incontable, y los que sobrevivían caminaban derechos hacia el sepulcro. Y sin comercio y sin cosechas de los campos veíanse las gentes andar errantes de aquí para allí, en confuso tropel, semejantes a fúnebres cortejos: jóvenes y ancianos, muchachas, niños y niñas, arrasándose junto a los muros de los castillos, de los pueblos y de las

ciudades. Como dice la Escritura: "Habíanse trocado en arco malo, *conversi in arcum pravum*" (*Salm.*, 77, 57), y "alzándose contra Dios en las aguas de la contradicción (*Salm.*, 105, 32), padecían hambre como perros" (*Salm.*, 58, 7815), y no sufrían tanto de la necesidad de pan, como del remordimiento de haber ofendido a la Trinidad, que no habían querido reconocer ni confesar. Dispersos por los campos, corriendo a través de las selvas, se disputaban las raíces o buscaban las briznas de las hierbas y hojas secas. A muchos les sorprendía la muerte cuando iban a traspasar el umbral de sus casas, viniendo así a engrosar el número de las víctimas del hambre; por otra parte, los montones de cadáveres insepultos y malolientes que yacían en las calles y los caminos, producían la muerte a los vivos que se aproximaban a ellos. Todos los días cortejos fúnebres; al fin, ni fuerzas tenían para cumplir con el deber de caridad de enterrar a los muertos. El hambre, que los extenuaba, no permitía que los vivos, próximos a expirar, sepultasen a los muertos. Todos ambicionaban para sí y para sus hijos caer en esclavitud perpetua, pero no hallaban comprador. Los montes y las colinas, las plazas, los caminos, los senderos eran un sepulcro para todas aquellas víctimas del hambre.

Los más atormentados por el hambre eran ahora los mismos vándalos que se habían enriquecido con los despojos y robos tan frecuentes, cometidos por ellos en el Africa; cuanto más se habían vanagloriado antes del gran número de esclavos que poseían, tanto más experimentaban entonces los efectos del azote. Nadie podía retener en su casa al hijo, ni a la esposa, ni siquiera al esclavo que le servía; pues saliéndose cada cual no donde quería, sino donde podía, la mayor parte caían muertos instantáneamente o no regresaban más a casa. Aquellas aglomeraciones de seres famélicos intentaron, finalmente, reunirse todos en Cartago; pero cuando aquellos esqueletos se dirigían a la capital, el rey, temiendo que la mortandad fuese muy grande, los expulsó a todos para que el contagio no hiciese de su ejército y pueblo un inmenso cementerio. Mandó que volviese cada cual a su tierra a sus casas; pero nadie pudo regresar, porque todos llevaban ya en sus rostros la palidez de la muerte.

Los desgraciados que compraron su vida a precio de la apostasía y se rebautizaron, tuvieron castigo mucho mayor, porque de los días, que les prometieron los arrianos, no se pudieron aprovechar y la muerte segunda (el infierno), se les adelantó. La acción devastadora de esta terrible hambre fue tal que, en muchos lugares, antes muy poblados,

no quedan hoy más que murallas en ruinas, sepultadas en el más profundo silencio y olvido.

17) *Las costumbres de los bárbaros.*

Pero, ¿por qué me detengo en referir lo que es punto menos que imposible explicar? Porque aunque viviesen todavía y pudiesen hablar Tulio, con su río de elocuencia, y Salustio, con toda su pulcra expresión, y para no acudir a los gentiles indignos; aunque se levantasen de sus tumbas Eusebio de Cesarea o Rufino, su traductor elegante en nuestra lengua latina, ni el mismo Ambrosio, ni Jerónimo, ni Agustín siquiera podrían salir airosos con la empresa ⁶¹: “Oídmme, gentes de todo el mundo; prestadme oídos los moradores del orbe, habitantes de la tierra e hijos de los hombres ricos y pobres” *Salm.*, 47, y). Algunos que estáis prendados de los bárbaros y los alabáis para rebajaros a vosotros, parad mientes en lo que dice su solo nombre y examinad sus costumbres. ¿Podían llamarse con nombre más apropiado que el de bárbaros, expresivo de ferocidad, de crueldad y de terror? Les puedes colmar de beneficios y honores, no tienen más que una sola pretensión, la de emular a los romanos; su ambición constante es la de eclipsar el esplendor y la fama del nombre romano; y quisieran que desapareciesen todos los romanos. Y si todavía hay entre ellos quienes les perdonan la vida, es únicamente para reducirlos a la esclavitud; jamás mostraron los bárbaros afecto alguno a los romanos ⁶². Si la ferocidad de los bárbaros arrianos disputó alguna vez con nosotros; si discutieron sobre materias de fe, ¿cómo iban a hacerlo juiciosamente los que empezaban por separar de Dios Padre a Dios Hijo, de nuestro Salvador? ¿Por qué en las disputas teológicas usaban de engaños y calumnias, y como *espíritus de tempestad, borrasca de furor* querían avasallar a todos? Sí juzgaban necesario un careo entre nuestros obispos y los de su secta, ¿cómo es que pusieron en juego todo su apartado de suplicios de cuerdas, de fuego, de garfios y de cruces? ¿Qué razón había para que la chusma astuta de los arrianos inventase contra los inocentes tal género de suplicios que ni el mismo Merencio llegó a excogitarlos iguales? ⁶³. La codicia y la saña se armaron contra la inocencia, para perder las almas y arrebatarse las riquezas. Si se quería celebrar una controversia, ¿a qué todo el saqueo de los bienes ajenos, de clérigos y laicos? Aquel despojo alegró a las víctimas y el

robo de los bienes de la tierra llenóles de gozo.

18) Vengan todos en mi ayuda, ayúdeme ahora todos los que han elegido, como yo, el camino estrecho y “guardan las sendas difíciles, arrastrados por las promesas de los labios del Señor” (*Salm.*, 16, 4) y miren y vean si su dolor es como el mío: “Porque me vendimió en el día de la ira del Señor (*Tren.*, 1, 12), abrieron sobre mi su boca todos mis enemigos: silbaron y crujieron los dientes, y dijeron: Le devoraremos. ¡Ea! Este es el día que nosotros esperábamos; lo hallamos, lo vimos” (*Tren.*, 11, 16).

Ángeles de mi Señor, socorredme, vosotros quienes jamás faltáis en vuestro ministerio a los que habéis sido deputados para que consigan la eterna salvación. (*Hebr.*, 1, 14); ved a esta mísera Africa, en otro tiempo fortificada con los ejércitos de tantas iglesias y ahora abandonada de todos, antes tan bien compuesta con tus coros de sacerdotes y ahora viuda, postrada y reducida a la abyección. Sus obispos y sacerdotes murieron en los desiertos y en las islas y buscándose la comida no la hallaron (*Tren.*, 1, 19). Ved a Sión, considerad a la ciudad de nuestro Dios que ha sido envilecida, tornándose entre sus enemigos como mujer inmunda... (*Ibid.*, 1, 11 y 17). Metió sumando el enemigo a todas sus cosas más preciosas y codiciadas, pues vio entrar a las gentes en su santuario y en sus atrios, en los cuales habías tú prohibido que penetrasen. (*Tren.*, 1, 10). Sus calles lloran porque no hay quien venga a las fiestas: hase ido de ellas toda la hermosura. (*Ibid.*, IV, 6) Las vírgenes y los jóvenes educados en los monasterios han aprendido a conocer los ásperos caminos y caminaron cautivos de los moros, mientras que las piedras del santuario han sido diseminadas no sólo en los diversos ángulos de las plazas (*Ibid.*, IV, 1), sino en las estériles regiones de las minas.

Vosotros, que confiáis en la oración, pedid al Señor, nuestro Salvador; decidle que estamos atribulados y se ha trastornado nuestro corazón dentro de nosotros mismos, porque estamos llenos de amargura (*Ibid.*, 1, 20); porque mora tu hija entre los gentiles y no halla reposo y no hay quien la consuele entre todos sus amados (*Ibid.*, 1-4). Volvió sus ojos hacia Oriente, buscando allí quien se doliese en ella, y no lo halló, y quien la consolase, y tampoco le encontró, cuando estaba comiendo hiel en sus manjares y se la abrevaba sedienta con vinagre (*Salm.* 58, 21, 22), imitando así los padecimientos de su Esposo y Señor, que había sufrido por ella para enseñarla el camino que debería seguir. (*I. Pedr.*, 11, 21).

19) *Oración de Víctor de Vite a los santos.*

Suplicad, santísimos patriarcas, que habéis entregado esta Iglesia que ahora sufre en la tierra; rogad, profetas santos, que en otro tiempo la habéis ensalzado con vuestros acentos proféticos y la contempláis sumida en la desolación; sedla vosotros, apóstoles, sus abogados, quienes, después de subirse Cristo a los cielos, recorristeis todo el mundo, como velocísimos caballos, para fundarla y congregarla; en particular tú, bienaventurado Pedro, ¿cómo guardas silencio y no hablas en favor de las ovejas y los corderos encomendados a tu solicitud y guarda por nuestro común Señor (San Juan XXI, 15). Y tú, venerable Pablo, maestro de las gentes, que predicaste el Evangelio desde Jerusalén hasta la Iliria, considera lo que los vándalos y arrianos están haciendo, y que tus hijos gimen cautivos. Tú, glorioso Andrés, hermano de Pedro y, como él, mártir, cuyo nombre significa fuerza, porque luchaste varonilmente, escucha el llanto del pueblo de Africa y séle propicio e intercede por el delante de Dios. Santos todos apóstoles, rogad al Señor por nosotros. Aunque estamos bien convencidos de que no podéis interceder en favor nuestro, porque estos males no tienen por fin probar a sus santos, sino que sólo se deben a nuestros pecados. No obstante, pedid por vuestros hijos, aunque indignos, que también Cristo rogó por sus enemigos los judíos (Luc., XXIII, 34). Basten ya los castigos que justamente nos han sido impuestos y alcanzad un pronto perdón a los delincuentes y que se diga el Angel exterminador: “Ya basta; dejad de herir.” (*l. Pard.*, XXI, 15). ¿Quién puede dudar de que nuestros delitos nos han merecido estos castigos, porque nos hemos apartado de los mandamientos de Dios y no hemos querido andar por su ley? (salm. 77, 10). Pero postrados os suplicamos que no despreciéis a estos miserables pecadores por Aquel que os levantó de humildes pescadores al grado de apóstoles.

21) *Muerte de Hunerico*

El muy impío Rey Hunerico ocupó el trono siete años y diez meses; coronó su vida con la muerte que merecía: corrompido y lleno de gusanos, no se dio sepultura a un cuerpo, sino a las partes que parecían de su cuerpo. Tuvo la misma suerte que aquel Rey transgresor de la ley antigua, a quien enterraron como a un asno.

Era el año 484; “le sucedió Childerico, y a éste Gelimeo, quien, vencido por Belisario (539), perdió al mismo tiempo el trono y la vida. Así se derrumbó el poderío de los vándalos” (San Gregorio de Tours, *Historia de los Francos*, lib. II).

MARTIRIO DE SIETE SANTOS MONJES QUE PADECIERON EN CARTAGO, REINANDO HUNERICO, EL 2 DE JULIO DE 483 ⁶⁴.

1) Proponiéndome escribir los triunfos de los santos mártires, imploro el auxilio de lo alto para acertar a referir sus hazañas. Déme el Señor alguna elegancia en el bien decir a mi, indigno, El, que concedió a sus siervos la victoria. Podré airoso en mi propósito si los mismos santos ruegan por este miserable.

2) *Persecución general.*

Era el año séptimo del reinado del muy impío Hunerico, el antiguo enemigo, la serpiente aletargada, haciendo vibrar su boca venenosa de tres dardos, se sirvió de Cirilas, un antiguo obispo arriano, para trastornar la cabeza del cruel monarca y persuadirle de que no podría mantenerse pacíficamente y durante mucho tiempo en el trono más que persiguiendo a los inocentes. Sin embargo, por justo juicio de Dios, poco después de este suceso, falleció de una muerte vergonzosa, devorado por los gusanos.

Empezó por una persecución general contra todos los católicos, que se multiplicaron de un modo prodigioso en todo el norte de África, cual las arenas del mar, como se predijo al patriarca Abrahán. (*Gen.*, XXII, 17). Su objeto era matarlos con la espada de la rebautización y manchar en el fango sucio y maloliente la vestidura del santo y puro bautismo, que Cristo había blanqueado con el vino de su cuerpo y sangre, exprimido en el lagar de la cruz.

Escuchando el tirano, como dócil y sanguinario, el consejo de la serpiente, con sus edictos crueles hizo temblar a toda el África. Primeramente envió al ostracismo a una numerosísima turba de obispos y clérigos, relegándolos a las más apartadas regiones. Por conmiseración hacia ellos permitió que les distribuyesen una clase de trigo muy

duro, que sólo se echa a los jumentos, al que ni siquiera se le molía, y se les entregaban todo envuelto con salvado. Después, aguzaba todavía más su saña, prohibió que hasta se les suministrase este alimento. Más tarde hizo cerrar todas las iglesias y murar sus magníficos pórticos; los monasterios, así de hombres como de mujeres, los entregó a los gentiles; es decir, a los moros. Aquello produjo en todas partes un llanto general, y todos ambicionaban ser mártires de Jesucristo. Las lágrimas corrían a arroyadas por las mejillas de todos, porque el Señor había permitido que comiesen el pan del dolor y saciasen la sed con lágrimas medidas, y acaso también sin medida.

Si entre ellos hubo algunos cuervos, ávidos de cebarse en los cadáveres, como los que salieron del arca, los cuales perecieron, mucho más numerosas fueron las palomas bienaventuradas, que confesaron a la Trinidad. ¡Cuántos hombres nobles e ilustres, señores de grandes latifundios, cambiaron entonces la tierra por el cielo! ¡Cuántas damas de rancio abolengo y complexión delicada, expuestas contra todo pudor a las miradas del pueblo, padecieron los azotes y otros muchos suplicios, y victoriosas, consiguieron inmarcesibles coronas! ¡Cuántos jóvenes se burlaron de aquellos edictos sanguinarios ante el mundo, sin haber conocido aún sus halagos seductores.

3) *Son apresados siete religiosos.*

En aquella sazón cogieron los bárbaros a siete hermanos, que hacían vida común en un monasterio y entre los cuales había creado una verdadera hermandad el servicio santo que tributaban en él a Dios, pues “bueno es y muy dulce morar juntos bajo un solo techo”. Llamábanse éstos: Bonifacio, diácono; Servo y Rústico, subdiáconos; Liberato, el abad, y Aogasto, Septimio y Máximo, monjes: los siete hermanos macabeos que la Iglesia católica había engendrado y dado a luz en las aguas bautismales; eran de la diócesis de Capsa⁶⁵, que gobernaba el venerable Vendimial, sacerdote preclaro y obispo fiel a Jesucristo. Llevóselos a Cartago. En un principio, el dragón infernal empezó por halagar sus oídos con palabras dulzarronas, prometiéndoles varios honores, riquezas, placeres, su amistad y muchas más cosas, con astucia demoníaca, para cazarlos con la liga del mundo.

Los soldados de Cristo rechazaron todos a una voz aquellas proposiciones, respondiendo así a coro: “¡Un solo Señor, una sola fe, un

solo bautismo! Con la gracia de Dios no se nos podrá reiterar el bautismo, que, según el Evangelio, no puede conferir más que una sola vez; el que ya se ha lavado no necesita volver a hacerlo, porque está enteramente limpio. Haced lo que queráis, atormentadnos. Es mejor sufrir los suplicios pasajeros que no incurrir en los tormentos eternos. Guardaos lo que nos prometéis, pues pronto desapareceréis vosotros con ellos. A nosotros nadie será capaz de arrancarnos de la frente el sello que imprimió en ella la Trinidad en el único bautismo”.

4) *Los arrojan en prisiones.*

Mientras resisten valientemente con la gracia de Dios, se los arrastra a la cárcel, en la que les cargan de cadenas, recluyéndolos en un oscuro calabozo, donde no penetra nunca la esperanza del alivio. Sin embargo, el pueblo fiel a Cristo logró comprar a los carceleros, de suerte que día y noche visitaban a los mártires, y tanto animaban a aquellas muchedumbres la doctrina y fe de los confesores, que ardían en deseos de padecer como ellos, y estaban dispuesto a presentar sus cabezas al hacha del perseguidor. Súpolo el tirano, quien sañudo e racundo y furioso, mandó someter a los mártires, a los más inauditos tormentos y redoblar las cadenas con que les habían amarrado los pies; después hizo que llenasen de haces de leña toda una barca y que se les atase en ella y a todo se diese fuego en plena mar.

5) *La fortaleza de los mártires.*

Sacados, pues, de la prisión, les rodeó un crecido número de católicos; los defensores de la Trinidad, como corderitos inocentes, se dejaron conducir al suplicio; las duras cadenas que llevaban no parecían a la multitud sino collares y adornos preciosos. Marchaban confiados con paso firme a la muerte, como si caminasen a un festín, y al atravesar las calles iban cantando a una voz: “Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Este es el día que ambicionábamos ver, el día más alegre y solemne. Este el tiempo aceptable, el día de la salud, el día en que por la fe en el Señor, nuestro Dios, vamos a ser inmolados, antes que perder el vestido del bautismo.” Y animaban así a los infieles: “No temas,

pueblo de Dios, no temas las tribulaciones presentes que te amenazan y te llenan de pavor; muramos todos por Cristo, como él murió por nosotros, derramando su sangre para rescatarnos.”

A todo trance querían los autores del mal separar de los demás, a uno, a Máximo, el que de ellos parecía como un niño, y le decían: “Muchacho, ¿por qué vas tú a la muerte? Deja a esos: están locos; atiende nuestros consejos; así salvarás tu vida y tendrás entrada en el palacio real”. Más él, aunque joven de edad, con madurez de un anciano, contestó: “Nadie me separará de mi padre abad Liberato ni de mis hermanos, que me criaron en el monasterio. Con ellos he vivido en el santo temor de Dios, con ellos quiero morir, en la esperanza, de que recibiré la eterna recompensa. No penséis que vais a seducir mi juventud; el Señor nos reunió a los siete y a los siete se dignará coronarnos con un solo martirio. Del mismo modo que ninguno de los siete hermanos Macabeos se dejó doblegar ni pereció, nuestro número no sufrirá mengua tampoco. Por lo demás, si yo renegase de él, me negaría a mi él también, pues ya dijo: Quien me niegue ante los hombres, le negaré yo delante de mi Padre, que está en los cielos; y quien me confesare ante los hombres, le confesaré yo delante de mi Padre, que está en los cielos.” (*Mat.*, X, 32, 33).

6) *Son coronados en el triunfo del martirio.*

Sin perder más tiempo, les llevaron a la barca preparada para su suplicio; por mandado del impío Rey y de sus sanguinarios esbirros, en vez de atarlos, les clavaron, extendidos los pies y las manos. Mas tan pronto como hubiera encendido el fuego, se extinguió a vista de todos, y aunque le prendieron varias veces echando más combustible, en seguida se apagaban los globos de las llamas. El tirano, montando en cólera y lleno de vergüenza, dio orden de que se les rematase a golpes de remo y que echasen sus cabezas como a perros. Con este nuevo tormento entregaron felizmente sus almas a Dios, sin ruborizarse de morir apaleados, los que siempre tuvieron fija su esperanza en el madero de la cruz.

Como hubiesen arrojado sus sagrados cuerpos al mar, el agua, contra las leyes naturales, los echó al momento, sin lesión alguna, en la ribera; el mar, como suele, ni siquiera les retuvo en su seno los tres días, para no obedecer en esto tampoco al Monarca impío. A la vista

de aquel milagro, el mismo descreído Rey dicen que se llenó de miedo. Los católicos numerosos que lo presenciaron alegres, dieron pronto sepultura a los cuerpos de los santos mártires, precediendo al lugar del entierro todo el venerable clero de Cartago. En estos funerales, los ya célebres diáconos Salutaris y Murita, que habían confesado la fe tres veces ante los tribunales, llevaron las reliquias de los santos al sepulcro. Dióseles tierra entre cánticos sagrados en el monasterio de Bigna, junto a la basílica de Celerina. Tal fue el martirio que padecieron estos monjes confesando la Trinidad, acabando dignamente el combate, yendo a recibir la corona de manos del Señor, a quien sean dadas la gloria y el honor por los siglos de los siglos. Amén.

IV. VIDA Y MARTIRIO DEL PAPA SAN JUAN I (523-526)

Según "Liber Pontificalis". (De un autor de mediados del siglo VI.)

Juan, etrusco, hijo de Constancio, ocupó la sede apostólica dos años, ocho meses y diecisiete días, desde el consulado de Máximo (523) hasta el de Olibrio (526), en tiempos del rey Teodorico y del cristiano Emperador Justino.

Llámo-le el Rey Teodorico a Rávena ⁶⁶ y le envió el mismo Monarca con una legación a Constantinopla, a la corte del Emperador católico Justino, pues en aquella ocasión, Justino Emperador, hombre religioso, por su amor grande a la religión cristiana, quiso extirpar a los herejes. Llevado de su fervor, pensó convertir las iglesias de los arrianos en iglesias católicas.

El Rey Teodorico, que lo oyó, quiso pasar a cuchillo a toda Italia. Entonces, el Papa Juan, enfermo y lloroso, tuvo que hacer el viaje, y con él los ex cónsules senadores Teodoro, Importuno, Agapito ex cónsul y otro Agapito patricio. Recibieron el encargo de que se entregasen las iglesias a los herejes en las provincias de Oriente; de lo contrario, toda Italia perecería a cuchillo.

Yendo acompañando al Papa Juan, salieron al encuentro del santo Pontífice, desde quince millas, todas las ciudades con velas y cruces en honor de los santos apóstoles Pedro y Pablo. Los griegos más ancianos atestiguaban que un acontecimiento semejante no se había visto desde los tiempos del Emperador Constancio, por San Silvestre,

obispo de la Sede Apostólica ⁶⁷, hasta los de Justino, en los que parte de la Grecia mereció recibir con gloria al Vicario del Apóstol San Pedro.

Entonces el Emperador Justino, dando honor a Dios, se humilló hasta la tierra y adoró al santísimo Papa Juan. En el mismo momento, el venerable Juan y los sobredichos senadores, con grandes lágrimas, rogaron al Emperador Justino que acogiese propicio su legación. Lo consiguieron todo el Papa Juan y los senadores, hombres religiosos: Italia se vio libre del hereje Rey Teodorico. Justino se alegró sobremanera de haber merecido ver en sus días al Vicario del Santo Apóstol Pedro en su reino, por cuyas manos fue coronado con toda solemnidad.

En aquel mismo tiempo, cuando los personajes citados, a saber: el Papa Juan y los senadores ex cónsul Teodoro, ex cónsul Importuno, ex cónsul Agapito y el patricio Agapito, que murió en Salónica, y estando los mencionados en Constantinopla, el Rey Teodorico apresó a dos senadores esclarecidos y ex cónsules Símaco y Boecio y los mató a espada ⁶⁸. Volviendo por entonces el venerable Juan, Papa, y los senadores con toda honra, pues habían obtenido todo del Emperador Justino, el Rey Teodorico, con grande dolo y odio los recibió, es a saber: al Papa Juan y a los senadores, a los cuales quiso matar asimismo a espada, pero temiendo la indignación del Emperador Justino, encarcelándolos a todos y martirizándolos, les abrasó. Así, el santísimo Juan, obispo de la primera sede, Papa, encarcelado y hambriento, falleció, pero murió en la cárcel de Rávena el 18 de mayo, mártir.

Después de este suceso, por permisión del Dios omnipotente, cuarenta y ocho días después que murió el santísimo Juan en la cárcel, Teodorico, Rey hereje, se desvaneció repentinamente y murió ⁶⁹.

V. MARTIRIO DE SAN HERCULANO, OBISPO DE PERUSA (ITALIA), EN 546

El venerable obispo Florido me contó también, hace algún tiempo, un milagro muy notable. “El santo varón que me educó —me dijo—, llamado Herculano, obispo de Perusa, fue sacado de un monasterio para elevarle al supremo sacerdocio (el Episcopado). Reinando el pérfido Totila, el ejército de los godos tuvo sitiada a aquella ciudad siete años consecutivos, y durante ese tiempo huyó de ella una gran

multitud de gentes para no perecer de hambre. Antes de cumplirse los siete años del asedio, los godos entraron en ella. El conde que mandaba las tropas envió a decírselo a Totila, para preguntarle lo que tenía que hacer con el obispo y con los moradores de la capital. El rey le contestó: “En cuanto al obispo, apodérate de él, y primeramente sacarás una correa de su piel desde la coronilla de la cabeza hasta el talón del pie, y después le puedes decapitar. De las gentes de la ciudad que cojas cautivas, pásalas a todas a filo de espada.”

Hizo llevar el conde al venerable obispo Herculano a lo más alto de las murallas de la ciudad, le cortó la cabeza, y después de muerto, ordenó que despellejasen el santo cuerpo, sacando una correa larga desde la cabeza al calcaño del pie. Arrojaron después su cadáver de lo alto de la muralla. Algunas personas, movidas a compasión y devoción, reunieron la cabeza cortada al cuerpo y le dieron sepultura, metiendo en el sepulcro a un niño muerto que hallaron a los pies del muro.

Cuarenta días después de este suceso y mortandad, publicó el Rey godo un bando por la comarca permitiendo y mandando a los habitantes de Perusa que se habían fugado que volviesen a ella sin ningún temor. Los que se habían alejado de allí para no morir de hambre aprovecharon el permiso y liberalidad de Totila, y volvieron.

Más los que recordaban la vida santa de su obispo buscaron el sitio donde había sido sepultado su cuerpo, con el fin de darle más digno sepulcro en la iglesia del Apóstol San Pedro.

Al cavar en el sitio donde le habían sepultado, encontraron el cuerpo del niño que colocaron con él, cuarenta días hacía, enteramente corrupto y lleno de gusanos; pero el cuerpo de santo estaba tan bien conservado como si acabaran de darle tierra aquel mismo día; y lo que causó más admiración y pasmo fue que la cabeza estaba de tal manera unida al tronco, que no parecía que la hubiesen cortado, sin que se conociese cicatriz alguna. Volvieron el cuerpo y buscaron alguna señal de la incisión, pero le hallaron tan entero como si el hierro no le hubiese tocado” (San Gregorio Magno, *Diálogos*, lib. III, cap. 13).

VI. A) SAN HERMENEGILDO, PERSEGUIDO Y APRESADO POR SU PADRE

San Gregorio de Tours, *Historia de los francos*, lib. V, núm. XXXIX).

Este año (587) estalló en España una gran persecución contra los católicos, y muchos fueron desterrados, despojados de sus bienes, torturados con el hambre, encarcelados, azotados y muertos con muy diversos suplicios. El autor de tantos males fue Gosvinda, madre de Brunequilla, a quien el Rey Leovigildo había desposado después de morir Atanagildo, su primer marido. Pero esta mujer, que había humillado a los siervos de Dios, perseguida por la venganza divina, también lo fue ante todos los pueblos, porque, formándose una nube en un ojo, alejó de sus párpados la luz de que carecía también su inteligencia.

El Rey Leovigildo tenía de su primer matrimonio con Teodosia dos hijos (Hermenegildo y Recaredo), el primero de los cuales estaba casado con Ingunda, hija de Sigeberto, y el segundo, con Rigonta, hija de Chilperico⁷⁰. Ingunda, enviada a España con un gran séquito, fue recibida con muchas muestras de regocijo por su abuela Gosvinda. Esta mujer no pudo sufrir mucho tiempo el ver que su nieta perseverase en la religión católica, y al principio trató con palabras dulces de que se rebautizase en el arrianismo; mas Ingunda resistió valientemente y la dio esta respuesta: “Me basta con haberme lavado una vez del pecado original con el bautismo de la salud y haber confesado la Trinidad santa, una y sin desigualdad de personas: esto es lo que creo con toda mi alma, y nunca renunciaré a mi fe.”

Al oír estas palabras, Gosvinda, colérica, furiosa, asió a su nieta de los cabellos, la arrojó en tierra, la dio de patadas, y toda ensangrentada, la hizo desnudarse y meterse en la piscina. Pero aseguran muchos que en su corazón permaneció siempre fiel a su fe.

Leovigildo hizo cesión a Hermenegildo y a Ingunda de una de sus ciudades, Sevilla, para que allí viviesen como soberanos. Establecidos en la capital, Ingunda empezó a predicar a su marido, persuadiéndole a que abjurase la herejía y reconociese la verdad de la fe católica. El Rey se resistió largo tiempo, pero, finalmente convencido por su predicación, abrazó el catolicismo, y al recibir la unción santa en el bautismo, tomó el nombre de Juan.

Cuando Leovigildo tuvo noticia de esto, buscó pretextos para matarle. Hermenegildo se percató de ello, hizo alianza con el Emperador (de Oriente) y firmó tratados con el prefecto imperial, que entonces hacía la guerra en España. Leovigildo envió a sus hijos mensajeros que les dijese que fuesen a entrevistarse con su padre, que tenía asuntos que discutir con él; pero Hermenegildo contestóles: “No voy, pues mi padre es mi enemigo, por ser yo católico.”

Leovigildo hizo entrega al prefecto de treinta mil sueldos de oro para apartarle de la facción de su hijo y marchó contra Hermenegildo a la cabeza de un ejército. Por su parte, el Rey de Sevilla, llamando a los griegos, salió al encuentro de su padre, dejando a Ingunda en la capital. Cuando sus aliados supieron que Leovigildo venía al frente de sus tropas, abandonaron al Monarca sevillano, quien, al verse sin esperanza de vencer, se refugió en una iglesia próxima, diciendo: “Que no venga mi padre a atacarme, porque es una impiedad y un crimen que un padre muera a manos de su hijo y un hijo a manos de su padre.”

Al tener noticias Leovigildo de estas palabras de Hermenegildo, le envió a su hermano, quien bajo juramento le prometiese que le mantendría en su dignidad y le dijese: “Ven a echarte a los pies de nuestro padre y te lo perdonaré todo”. Hermenegildo pidió que se llegase su padre hasta él, y al verle, se arrojó a sus plantas. El padre le estrechó contra su corazón, abrazándole, y envolviéndole con buenas palabras y promesas, le condujo hasta su campamento. Allí, sin hacer caso a su juramento, le entregó a sus soldados. Se le aprisionó, se le desnudó de sus vestidos reales y se le vistió como a un esclavo. Al llegar de vuelta a Toledo, se le separó de sus vasallos, mandándole al destierro en compañía de un sólo criado.

B) SAN HERMENEGILDO, REY DE LOS VISIGODOS, MARTIRIZADO POR SU MISMO PADRE POR PROFESAR LA FE CATOLICA.

(*Día de Pascua del año 587*). (San Gregorio Magno, *Diálogos*, lib. II, cap. 31).

Gregorio.— Como nos han referido muchas personas venidas de España, el venerable obispo de Sevilla Leandro, a quien me unen

desde hace tiempo los lazos de la amistad, convirtió al príncipe Hermenegildo, hijo de Leovigildo, Rey de los visigodos. Su padre, arriano, empleó todos los medios, las caricias y las amenazas para hacerle volver a la herejía; mas como el joven príncipe respondía constantemente que le era imposible abandonar ya la verdadera fe, que había tenido la dicha de conocer, su padre, airado, le desposeyó del reino y le despojó de todos sus bienes.

Mas como con esto tampoco ablandó su corazón, encerrándole en estrecha cárcel, cargó de cadenas su cuello y sus manos. El joven Rey, despreciando el reino terreno y deseando ardientemente el eterno del cielo, en la cárcel dormía sobre el cilicio y rogaba a Dios fervorosamente que le diese fortaleza; tanto más despreciaba la gloria de este mundo deleznable cuanto mejor había conocido en la cárcel la nada de que le hubieran privado.

Llegó la fiesta de Pascua de Resurrección, y en el silencio de una noche tempestuosa su pérfido padre le envió un obispo arriano para que le administrase la comunión del cuerpo del Señor, consagrado sacrílegamente, y volviese así a su amistad. Pero el hombre de Dios, Hermenegildo, echó en cara al obispo arriano que entró en la cárcel muchos cargos y rechazó con energía sus falaces proposiciones, diciéndole que, aunque privado de la libertad del cuerpo con toda su alma volaba en paz hacia el cielo.

Vuelto el obispo, el Rey su padre, encolerizado, comisionó al punto a sus guardias para que quitasen la vida, en la cárcel, al confesor de la fe. Se obedecieron las órdenes del Monarca: los verdugos, tan pronto como entraron en la prisión, le hirieron con el hacha en la cabeza, quitándole en el acto la vida; pero no pudieron quitarle lo que había determinado él despreciar en sí mismo.

No faltaron los milagros, que vinieron a manifestar la verdadera gloria del mártir: durante el silencio de la noche se oyeron cantos junto al cuerpo del Rey mártir, más Rey porque había padecido martirio. Cuentan también que aparecieron luces brillantísimas en medio de las tinieblas, como para señalar a la veneración de los fieles el cuerpo del mártir.

Su padre, hereje y parricida, se arrepintió y dolió de lo hecho, mas no lo bastante para obtener la salvación, pues reconoció la verdad de la fe católica, pero no mereció llegar a la verdad por haberse acobardado ante su pueblo. Habiendo caído enfermo de extrema gravedad, recomendó a su hijo, el Rey Recaredo, al obispo Leandro, a quien

antes había él perseguido, para que con sus exhortaciones le convirtiese, como antes lo había hecho con su hermano Hermenegildo. Muerto Leovigildo, se cumplió su deseo.

Después del fallecimiento de Leovigildo, el Rey Recaredo, siguiendo, no a su malvado padre, sino a su hermano el mártir, se convirtió de la herejía arriana y arrastró con su ejemplo a toda la nación de los visigodos, no permitiendo que en su reino llevase uno solo las armas que no temiese ser enemigo de Dios permaneciendo en su error. No es de extrañar que se convirtiese en tan celoso propagador de la verdadera fe, pues era hermano de un mártir, cuyos méritos le han ayudado a volver al seno de la Iglesia a tantas almas. No creamos que todo esto hubiera sucedido si el Rey Hermenegildo no hubiese muerto por defender la verdad. Está escrito: Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, permanece solo; mas si muere, da copioso fruto. (*S. Juan.*, XII, 24, 25).

Vemos que se lleva a cabo en los miembros lo que sabemos se cumplió en la cabeza. ha muerto uno solo en el pueblo visigodo para que vivan muchos; ha caído un grano por la fe, pero de él ha nacido copiosa mies para dar vida a las almas.

El diácono *Pedro* exclamó: "Es cosa que admira, y más en nuestros tiempos."

NOTAS

1. *Oratio 49 in Arrianos*.
2. A. Marcelino, *Rerum gestarum*, libr. XXI, n.º 16.
3. Debió ser el destierro de la Tebaida, donde vivía oculto entre los monjes, siempre perseguido por los eusebianos y macedonianos, cuando tuvo que enterrarse en un pozo seco para no caer en manos de los soldados de Constantinopla hacia el año 353.
4. Estas escenas de violencia cometidas en Alejandría se repitieron varias veces, y San Atanasio refiere con más detalles, las que tuvieron lugar el año 356 (véase el n.º 4.º en las págs. sig.).
5. Del año 347, y del que se marcharon los obispos arrianos de Oriente al concilio-bulo de Filípópoli.
6. Decían de él que después de consagrado obispo llevaba una vida escandalosa; que no había pedido el consentimiento de los metropolitanos de Hereclea y Nicomedia para consagrarse y que se había hecho elegir en la ausencia de Constancio.
7. Escribe el mismo San Atanasio en la *Apología de su fuga*: "Procurad estrangularle delante del pueblo, valiéndose del verdugo Felipe, antiguo prefecto, pues era hereje, su patrocinador y consejero malo". (§ 3).
8. En el Martirologio, a 28 de enero, se escribe: "En Alejandría la muerte de muchos santos mártires, que en este día por la facción del capitán Siriano, mientras estaban reunidos en la iglesia, de diversos modos fueron ejecutados". Triunfó la facción, consentidos más o menos sus desmanes por el mismo Constancio y se colocó en la sede alejandrina al obispo Jorge de Capadocia, hombre brutal que tiranizó a los católicos varios años.
9. El *Kyriacos* era la catedral basílica de Alejandría. Fue el famoso *Kaisaros* templo empezado a levantar por Cleopatra, frente al puerto, y que terminó Augusto. Por eso también se le llamó *Sebastionos*. En el pontificado del obispo S. Alejandro († 328) se convirtió en iglesia cristiana, perteneciendo sucesivamente a los católicos o arrianos y pasando a manos de los jacobitas ortodoxos. En 912 fue pasto de las llamas.
10. Las Galias comprendían a la sazón todos los países sujetos a la *diócesis* del emperador de Occidente: España, Francia, Inglaterra, Bélgica y parte de Alemania (territorios del Rin y Suiza).
11. Parroquia, en el sentido etimológico de la palabra, significa lo que está junto a la casa de Dios, *par-oixia*. Aquí quiere decir región.
12. Homousianos llamaban a los católicos defensores de ciativo, en sus escritos, porque él pertenecía al cisma de los navacianos, todavía bastante numerosos en Oriente, cuando escribía este historiador hacia 415.
13. Al leer estos párrafos se dirían que se inspiraron en ellos los prelados españoles cuando en carta colectiva se dirigieron en 1936 al episcopado católico denunciando los males de la persecución suscitada en nuestra Patria por la República y la revolución comunista.
14. Hoy golfo de Concidia en el mar de Mármara, a unas 15 leguas de Nicomedia y casi 50 de Constantinopla.

15. En 490 Alarico pudo apoderarse de Roma, pero se dejó comprara por una enorme cantidad que le ofrecieron sus habitantes; al año siguiente, el emperador Honorio I se negó a aceptar las condiciones de paz que le propuso el jefe bárbaro, y Alarico la arrasó.
16. La diosa Celestis era la Juno de los griegos y romanos Tertuliano en su *Apologético*, San Ambrosio en su libro *contra Símaco*, Salviano en el de *Gubernatio mundi* y San Agustín en el *Libro II de Civitate Dei* nos cuentan por menudo las torpezas que se cometían en su honor. De su templo artístico y rico y de la carretera que conducía a él dice San Próspero que “eran grandioso y estaba rodeado de las capillas o edículos de todos los demás dioses; la plaza en que estaba edificado tenía atrios de columnas y murallas de mármoles, su piso pavimentado de mosaicos, y la avenida que conducía a ella se extendía más de dos millas. El obispo Aurelio de Cartago consagró este templo al culto católico bien mediado el siglo IV”.
17. Santa Celerina, una mártir de Cartago, cuya fiesta trae el Martirologio a 3 de febrero. Elógiala San Cipriano en su epístola 34 (otros 39), y de su basílica San Agustín habla en su sermón 174. Más conocidas son las mártires Perpetua y Felicidad y los Scilitanos; de unas y de otros se trata n el vol. 8.º de esta *Colección Excelsa*, pp. 76-97.
18. Su fiesta se conmemora en el Martirologio a 28 de noviembre.
19. Genserico entró triunfante en Cartago el 19 de octubre del 439.
20. Su emplazamiento estaba junto al Foto, y parece que es preciso identificarla con la Basílica Majorum de Santa Perpetua, así llamada pro guardar los cuerpos de los Santos Mártires cartaginenses. En ella se celebraron seis concilios importantes contra los donatistas en vida de San Agustín, el más célebre en 397.
21. Es muy difícil localizar esa ciudad de Aquitana; acaso sea la Aquoe albenses, *Aquis, la Aquae Tacapitanae* en la Bizacena hoy corrompido el nombre Ainbeida, El Hammam, no lejos del actual puerto de Gabés.
22. La basílica de Fausta, en la que se celebraron varios sínodos cartaginenses, predicó San Agustín su sermón 122, y en ella se consagró el obispo Deogracias y sirvió de catedral hasta que los arrianos devolvieron la iglesia Restituta. Algunos escritores denominan también de Santa Fausta a la basílica Novarum (de las Nuevas). Aunque no se ha podido localizar estas iglesias, eran de menor importancia que las basílicas Majorum y Restituta; la Majorum fue cementerio cristiano, descubierto a fines del siglo pasado por Mr. Delatre.
23. En el Martirologio Romano se conmemora a este santo obispo de Cargado, el 22 de marzo.
24. Eran los milenarios capitanes que mandaban mil hombres, y en el ejército de Genserico se contaron 80.
25. En las Actas del martirio de Santa Cecilia, escritas a mediados del siglo VI, se reproduce un hecho que tiene algo parecido a esto que aquí se relata; por lo cual algunos críticos, y entre ellos Dom. H. Quetin (*Martyrologes historiques du moyen-age*, París, 1908), se preguntan si no imitaron este pasaje los autores de la *Passio Sancta Caeciliae*.
26. En algunas ediciones y manuscritos se lee así este pasaje: “A Máxima la encerraron en un oscuro calabozo, clavándola en una biga con estacas; un gentío inmenso iba a visitarla en aquel momento, y sucedió que un día, en presencia de los

- visitantes, se rompió de repente el travesaño de la cruz como si estuviese podrido.” Sin embargo, los Martirologios antiguos y el Romano a 16 de octubre, aseguran que los cuatros mártires fueron clavados a un madero en la misma cárcel, y Dios los libró milagrosamente.
27. No es fácil conocer cuándo la palabra *sacerdos* significa sacerdote y cuándo obispo.
 28. Buconia fue una diócesis de la Numidia y se hizo célebre su obispo Donato; pero Buconita o Burónita era una ciudad de la Mauritania, y de ésta habla aquí Víctor de Vite.
 29. La Zeugitana era una parte del Africa proconsular, los alrededores de Cartago.
 30. El texto latino dice: “Intra paucissimos die *comes* bonae confessionis de hac cita migravit”, y por sola esta palabra el Martirologio Romano, a 29 de marzo, da a San Argomasto el título de conde.
 31. El *Archinumum* o *Archimimum*, que muchos han hecho nombre propio y santo distinto de San Máscula.
 32. Hoy la ciudad de Constantina, en Argelia (Numidia).
 33. Quincio, o Quinto según Baronio, era obispo de Sicca y padeció martirio juntamente con los santos Lucio y Julián; a los tres conmemora el Martirologio, a 23 de mayo.
 34. Dos sedes de la Provincia Proconsular, cuyos obispos firman en muchos concilios de Cartago, en la carga de Pablo, obispo de Constantinopla, y en otros documentos de conciliábulos donatistas. Las menciona también San Agustín en su epístola 229.
 35. El martirio de estas esposas de Jesucristo le recuerda la *Calenda*, a 16 de diciembre, copiando casi literalmente las palabras de Víctor de Vite: “El martirio de muchas santas vírgenes, quienes, suspendiéndolas en palos, colgándolas pesos y aplicándolas láminas candentes, consumaron felizmente su combate: Suspenda, pondera, laminasque ignitas tolerantes agonem feliciter consummarunt.
 36. El conde Regino, embajador del emperador Zenón en Cartago, debió ir a la corte de Hunerico para arreglar asuntos de familia entre aquel rey bárbaro y su mujer Eudoxia, hija de Valentiniano, a la que había repudiado y vivía retirada en Constantinopla. Años más tarde tuvo el conde relaciones epistolares con San Fulgencio, y el santo obispo le escribió su carta 18.
 37. *Omoosios*, igualdad de sustancia es la doctrina católica sobre la Trinidad y *Omoiusios*, semejante, semejanza de sustancia, es la doctrina semiarriana.
 38. Entiéndase Africa del Norte (Marruecos, Argelia, Túnez y Tripolitania de ahora).
 39. Es difícil identificar a este obispo, que unos llaman Secundiano, Secundo y Donaciano, según los distintos manuscritos; pero el Martirologio le llama Donaciano y conmemora su fiesta con la de los santos que a continuación siguen y con San Leto, a 6 de septiembre.
 40. Fue obispo de diócesis Neptitana (Nebitana). Hablan de él con gran encomio Víctor Tunionense en su *Crónica*, San Isidoro en su *Historia de los Vándalos*, Era 501, y Procopio, lib. P. de la *Guerra vándalica*.
 41. Este pasaje varía mucho en los distintos manuscritos y acaso sea la verdadera versión ésta: “El Patriarca Cirilo increpó a los obispos católicos diciéndoles que usurpaban injustamente y sin razón el nombre de católicos”. Era entonces común el nombre de patriarca, aun entre los arrianos.

42. Se reunieron estos dos concilios el año 359, por mandato del emperador Constancio; Hunerico exagera el número de obispos arrianos, pues al conciliábulo de Rímini sólo acudieron 400, según San Atanasio, y a Selucia de Isauria 160 obispos griegos; pero los herejes, recorriendo las provincias, con amenazas y promesas obligaron a firmar las actas a muchos otros prelados.
43. Dejamos estos nombres en el término latino porque no es fácil averiguar su correspondiente dignidad en nuestros tiempos; los *Ilustres* y *Espectables* eran tratamientos de distintas clases de senadores durante el Imperio; los *Principales* eran soldados de alta graduación ya retirados, y soldados de caballería también los *Decuriones*. Los *Circunceliones* eran monjes giróvagos y extravagantes, tanto católicos como arrianos, de los que hablan siempre despreciativamente San Agustín, San Jerónimo, San Isidoro y otros padres.
44. En un manuscrito del año 700 o anterior, el copista se permitió añadir un colofón en el que expresaba este pensamiento: “Esta es la ley o decreto del perversísimo Hunerico, odioso a Dios, quien, como serpiente de dos bocas silbantes, vomitó contra el pueblo de los buenos... Es tiempo que pasemos al libro V, en el que nos espera la narración de los grandes combates de los mártires y que confiamos referir con el auxilio de Jesucristo, que corona a los suyos con lauros maravillosos, inmarcesibles. Amén”. (Ms. Bibl. de Colbert. n.º 1.746).
45. Otros escriben Ortulano, y fue obispo de Beneña, en la Byzacena de la que habla la vida de San Fulgencio de Ruspe. florenciano o Florentiniano lo era de Midila, en la Numidia. En el Martirologio se anuncia la muerte de estos dos obispos, a 28 de noviembre, juntamente con otros nueve compañeros de martirio.
46. El texto de nuestra Vulgata dice literalmente: *Nou jurare onmino...*
47. Lactancio da este nombre en casi todas sus páginas al escribir la historia de los perseguidores de la Iglesia; así a Nerón le llama *mala bestia*, y a Diocleciano, Maximiano y Galerio, *tres crudelísimas bestias que se ensañaban contra los cristianos*. Lo mismo repite en sus libros de las *Instituciones Divinas* de otros perseguidores.
48. No se ha podido averiguar dónde estaba esta ciudad. Por otra parte, algunos manuscritos llaman a este mártir Mayórico, esclavo de Tuburba. El Martirologio, a 17 de agosto, sigue dándole el nombre de Servo.
49. Ciudad episcopal de la Proconsular, cuyos obispos lucharon siempre contra el cisma de los donatistas, distinguiéndose, entre otros, el obispo Vicente que asistió a varios sínodos de Cartago y de quien hace los mayores elogios San Paulino en la vida de San Ambrosio. El emperador Antonio en su *Itinerario del orbe* habla de esta ciudad como muy importante, aunque la coloca en la provincia de Numidia. No hay que confundirla con la sede episcopal de Curubis (Curubitana).
50. Bien conocida es la ciudad de Hadrumeto, capital de la Bizacena, por las obras de San Agustín. Este San Victoriano debía ser un gobernador, puesto por los reyes vándalos o por los emperadores bizantinos; el cargo de procónsul había cesado como tal en el siglo anterior. De este santo y sus hermanos hace memoria el Martirologio Romano, a 23 de marzo.
51. Era la forma usada entonces en los juramentos: “Por el Cuerpo y la Sangre de Cristo lo prometemos”, juraban los donatistas para no pasar al partido del Papa.
52. Además de Víctor de Vite atestiguan el hecho Elías, obispo de Gaza, quien trae el milagro para probar la inmortalidad del alma y la resurrección de los cuerpos, en

su tratado de *Inmortalitate anima*, y San Gregorio Magno, *Diálogos*, libr. III, cap. 32, aunque dejándose llevar de la memoria confunde el tiempo; Procopio y el emperador Justino, en su *Código*, libro I, tít. 27, y otros historiadores. En la hagiografía se refirieron muchos casos similares entre otros en las Actas de San Román (18 de noviembre).

53. El texto latino emplea la misma palabra, y en el mismo sentido la usan varios santos padres, y San Gregorio, el Libro V de los *Diálogos*, cap. 55.
54. En las páginas siguientes traducimos el relato de su glorioso martirio, escrito por su autor anónimo contemporáneo de Víctor de Vite y testigo ocular de su combate.
55. Fue relegado a Tamaluma, donde lo estuvo también el obispo Habetdeus, y según Balucio, a la Tamaluma de Bizacena, distinta de otra de Mauritania la Arida (Sitifense). Ascso fue la fortaleza Tamaluma (Turris Tamalumae), cuyo obispo asistió a la asamblea de Cartago, mencionada antes. (Véase el mapa).
56. En el ms. de la bibl. de Colbert, n.º 319, se lee al margen: "Este varón venerable por muchas tribulaciones y coronas de paciencia, murió finalmente en paz el 13 de julio... del año 505. Gustamund, sucesor de Hunerico, le desterró a Albi, en las Galias, según la mayor parte de los escritores, el año 495; según otros, a Cerdeña. Además de haber escrito la *Confesión de fe católica* que los obispos de Africa dirigieron a Hunerico, que forma el libro III de la *Persecución de los Vándalos*, de Víctor de Vite, escribió una *Carta a los ciudadanos de Cartago para conservar la fe* (Cf. P. L. t. LVIII, col. 770775). El Martirologio Romano trae su fiesta a 13 de julio, haciendo elogio de sus virtudes y padecimientos por la fe, y conmemora a los 12 niños de Cartago y a los diáconos Salutaris y Murita.
57. Hacía poco que se habían trasladado de Palestina al Africa las reliquias del santo Protomártir y obraban continuos y estupendos milagros; por eso le recordaba el niño con tanta fe y devoción.
58. La memoria de este mártir, de su esposa, e hijos la traen los martirologios a 23 de marzo, y también los Bolandos; pero el Martirologio Romano no conmemora sus martirios.
59. El nombre de católico lo usaron desde los primeros siglos de la Iglesia para significar la verdadera fe contra la herejía, con preferencia contra la secta de Novato (s. III), y San Agustín le emplea siempre para distinguir a los maniqueos, y afirma que si un peregrino preguntaba por una iglesia católica, nunca le llevaban a las de los herejes.
60. De este sacerdote tratan algunos martirologios y los Bolandos, a 23 de marzo. La ciudad de Mizensa y la cueva de Zica o quizá estaban en la Mauritania cesariense (Argelia). También se la denominó quizá Xenitana, Quidias y Cedias, y la mencionan Melo y Antonino Pío. En la lucha donatista habla de ella San Agustín.
61. Lenguaje enfático del autor, propio de los tiempos de la decadencia, pero que revela bien los sufrimientos que él mismo tuvo que padecer de los bárbaros y herejes.
62. La enemiga entre bárbaros y romanos no acabó con la conquista del Imperio: en los distintos reinos que se formaron, vencidos y vencedores continuaban distanciados y llamándose romanos y bárbaros, y los monarcas legislaban de muy distinto modo para unos y otros. Son célebres las leyes promulgadas por Teodorico, rey de los ostrogodos. Fue la Iglesia la que en sus concilios borró la diferencia de castas, costumbres y privilegios.

63. Merencio, rey de los etruscos, como se lee en el libro X de la *Eneida*, se hizo famoso por su odio e irreligiosidad. Los etruscos le expulsaron del reino y se alió con Turno para luchar contra Eneas; pero el héroe troyano le mató, cuando al frente de los Rútulos se dirigía al campamento de los latinos para talar el Lacio.
64. En la Calenda se conmemora su fiesta a 17 de agosto.
65. Una de las más antiguas del Africa, en la provincia de la Bizalema (289-483).
66. Era entonces la capital del reino de los ostrogodos.
67. Fue San Juan I el primer papa que estuvo en Constantinopla, pues San Silvestre no hizo para entrevistarse con el emperador Constantino; y aquí el *Liber Pontificalis* confunde a Silvestre con el papa Milquiades, en cuyo tiempo se dio la paz a la Iglesia.
68. A ambos les llevó engañados el Rey de Roma a Ravena. Este Beocio es el famoso filósofo, casado primero con la poetisa Elpis y con Rusticiana después, hija del senador de quien aquí se trata. El *Liber Pontificalis* no concuerda aquí con la tradición y lo que escribe el Anónimo de Valois, cuando afirman que a Beocio le atormentaron apretándole la frente con una cuerda, hasta hacerle saltar el cerebro y los ojos, y que le mataron apaleándole.
69. Esta fecha no es exacta. Teodorico murió el 30 de agosto del 526, ciento cuarenta días después que el Pala San Juan I.
70. Intentó el príncipe Recaredo contraer matrimonio con esta, mas no lo llevó a efecto, casándose, ya en posesión del trono, con Bado, hija de uno de los señores más ricos de su corte. Como Recaredo abrazó el catolicismo también su esposa Bado.

INDICE

Prólogo	3
I. Víctimas de la persecución de Constancio	9
1.º Los padres de los pueblos y maestros de la fe arrebatados de sus iglesias	10
2.º Aquel grande varón, verdaderamente Osio, perseguido	13
3.º Martirio de San Pablo, obispo de Constantinopla	18
4.º Martirio de muchos cristianos de Alejandría	20
II. La persecución de Valente	22
1.º Carta de San Basilio a los obispos de Occidente	23
2.º Carta a los obispos, de Italia y las Galias	24
3.º Los Ochenta Mártires de Constantinopla	27
III. Días de ansiedad	29
1.º La irrupción de los bárbaros	29
2.º Saqueo de Roma por Alarico	31
3.º Historia de la Persecución de la Provincia de Africa	33
Libro I: Persecución de Genserico, rey de los vándalos	33
Libro II: Persecución de Hunerico	49
Libro IV: La saña de Hunerico contra los obispos católicos	67
Libro V: Persecución general de Hunerico contra los católicos	74
Martirio de siete santos monjes que padecieron en Cartago	92
IV. Vida y martirio del Papa San Juan I	96
V. Martirio de San Herculano, obispo de Perusa	97
VI. a) San Hermenegildo, perseguido y apresado por su padre	99
b) San Hermenegildo, martirizado por su padre	100
NOTAS	103

Cum palma adregna pervenerunt sancti,
coronas decoris meruerunt de manu Dei;
Con la palma al reino llegaron los santos;
merecieron que la mano de Dios les pusiere coronas preciosas.
(Antífona 3 de vísperas del Común de Mártires).

Depósito Legal: SE-1549-90

I.S.B.N.: Tomo I - 84-7770-175-X

I.S.B.N.: Obra Completa - 84-7770-174-1

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirta S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla